

Capítulo 13:

El *Toki Magnil Wenú* (Mañil Bueno) y su significado político/étnico en sí

A plazas fronterizas y zonas a retaguardia de la línea de Frontera, llegaría, en el mes de diciembre de 1860, una noticia capaz de producir una pequeña/gran conmoción en los círculos vinculados a aquella.

"¡Murió Mañil !".....,

se leía en un titular de última hora aparecido en la primera página de de *El Correo del Sur*, anunciando el deceso del jefe Araucano-Mapuche.

El Correo del Sur, periódico de la ciudad de Concepción, se había vuelto característico, por publicar ante todo, en calidad de primicias, muchas noticias de última hora provenientes de La Frontera, enviadas por sus propios corresponsales en aquella región. El periódico, hacia fines de 1860, en pleno régimen de Manuel Montt todavía, mantenía una posición gobiernista, sustentando editorialmente la opinión de que había que realizar sin tardanza un avance general en contra el territorio de la Araucanía, en parte, por constituir ésta aún refugio de las partidas armadas o *montoneros*, cuestión que, en realidad, podía considerarse que resultaba ser

efectiva. La mayoría de las veces se trataba, empero, de grupos semi-militares que carecían ya de toda forma de mando, desprendidos de las fuerzas originales que se habían tomado la provincia de Arauco en el verano de 1859, pero que habían debido rápidamente ponerse en fuga, una vez que el gobierno central hubiera llegado a retomar el control completo de la situación política y militar.

De acuerdo al *El Correo del Sur*, continuando su información de primera pagina,

Por cartas particulares y según varias personas llegadas de Los Angeles se anuncia la muerte de Mañil, el cacique más poderoso de toda la Araucanía.
(1)

En esos instantes, el cadáver del jefe Araucano-Mapuche -continuaba explicando la crónica del periódico de Concepción- permanecía en una canoa y se estaban efectuando todos los preparativos para su entierro, que iba a adquirir una solemnidad especial. Al momento, *parcialidades araucanas* diversas, -como acostumbraba a llamarlas *El Correo del Sur*-, principalmente aquellas consideradas directamente bajo las órdenes de Mañil, deliberaban y, con mucha probabilidad, de esas deliberaciones iba a surgir el nombre de un sucesor del jefe Araucano-Mapuche recién fallecido. Asistiendo a Mañil en sus momentos postreros, -digno de anotarse era también-, había estado Bernardino Pradel, y junto a él, aquel intérprete o lenguaraz principal que tuvieran, Mañil y Pradel, Pantaleón Sánchez. El lenguaraz alcanzaba ya, por ese entonces, nombradía a todo lo ancho y largo de La Frontera. Después, reaparecería constantemente vinculado siempre a asuntos de gran nivel e importancia, dentro de las materias que hacían característica a La Frontera en aquellos instantes.

Este *accidente* escribía *El Correo del Sur*, aludiendo a la sorpresiva muerte del más importante jefe Araucano-Mapuche de entonces, iba a venir quizás a facilitar la ocupación de la Araucanía o Conquista de Arauco, como acostumbraba llamarla el periódico de Concepción, pues,

el enemigo más terrible ha desaparecido.

Se rumoreaba que el posible sucesor de Mañil –agregaba el mismo periódico-

parecía dispuesto a entregar a todos los españoles¹ que los incitan a la guerra contra nosotros.

Entonces, ***de ser eso cierto***, -terminaba afirmando *El Correo del Sur*- ello era una razón más, ***para apresurar la marcha del ejército hacia las tierras de los indios.*** (2)

Como puede advertirse, la persona del mundo Araucano-Mapuche de entonces a la que se otorgaba el nombre de Mañil Bueno, había llegado a adquirir –como se desprende todos los testimonios anteriormente citados- una significación especial en la época. Este significado lograba ir más allá de los suyos y trascendía la línea de Frontera incluso, constituyéndose en un elemento capaz de formar opinión pública en torno a su nombre, y ello aún en círculos políticos determinados de la sociedad chilena de entonces.

La figura de Mañil Bueno, desde nuestro punto de vista, así como la forma en que se lo retrataba en la época, permiten, en cierta forma acercarse por

¹ Montoneros chilenos.

eso también al tema de Etnía y Política, pero ahora a través del análisis de una persona en particular del mundo Araucano-Mapuche, tal como existía en la época. Tratar de caracterizar a esta persona en sí misma, -que, sin discusión, asume las proporciones de uno de los más grandes líderes indígenas del siglo 19 en Chile-, no siendo por azar, además, que la sucesión de la jefatura que él llegara a ejercer, terminara por recaer en su hijo, *Lonkó Kilapán*, de amplia figuración en los eventos posteriores de la Araucanía- resulta, por tanto, algo que tiene pleno sentido, y tal tentativa de caracterización es lo que trataremos de efectuar en las páginas que siguen a continuación .

Puede empezar por decirse, ante todo, que lo que simboliza quizás mayormente a Mañil, -o, dicho en forma todavía mejor-, lo que se expresa predominantemente a través de sus mismas características personales, va a ser, por un lado, la "politización" que estaba caracterizando la posición de su Etnía, -los Araucanos-Mapuches, partícipes, en aquel momento, del complejo mundo de las alianzas políticas que habían pasado a caracterizar la situación interétnica. Pero, en segundo lugar, y a continuación, la fuerte e inconfundible presencia en él de rasgos muy acentuados de la forma de ser propia de su cultura, transformándolo, entonces, en un punto de encuentro, de los factores de Etnía y Política, pero ejemplificados, ahora, a través de su persona en sí misma.

Mañil Bueno va a expresar quizás, además, aquella tendencia general a volverse líderes carismáticos que habían mostrado otros jefes Araucanos-Mapuches en el pasado y que han llegado a ocupar un lugar como protagonistas de grandes hazañas, ya sea dentro de la mitología indígena, como dentro de la propia chilena, tales como Lautaro, Caupolicán, Pelantaro, Lientur, Butapillón, y otros de igual renombre.

Sin embargo, había tocado a Mañil Bueno tener que encararse, ante todo, a una época saturada de principio a fin de luchas políticas casi de cósmicas proporciones, cuando el poder monárquico entrara en colisión con fuerzas más allá de toda medida, terminándose por derrumbar para siempre.

Mañil Bueno y los que lo seguían, no habían tenido, sin embargo, dudas al lado de qué bando debían ponerse y -como se usaba decir- habían "servido a la causa del Rey" en oposición a patriotas y en oposición también al naciente Estado republicano de Chile, al que consideraban a veces, según sus palabras textuales, en cierto modo como una entidad de bastante inseguro pronóstico.

Por tanto, lo comprendiera o no claramente Mañil, habían sido ideas políticas y posiciones en torno a las mismas las que habían alterado su mundo, especialmente a partir del momento en que la guerra por la Independencia, con toda su carga inmensa de brutalidad, se trasladara enteramente a la región indígena, al sobrevenir, después de 1817, la derrota de los realistas y su expulsión definitiva del centro de Chile,.

A continuación en el tiempo, el territorio indígena se había transformado en un continuo desfilarse de distintas facciones políticas y Mañil Bueno y los Araucanos-Mapuches supuestamente bajo su dirección, habían debido familiarizarse, por fuerza, con la nueva terminología en que había comenzado a expresarse el conflicto, ello, ante todo, por la gravitación que tal cosa tenía en el presente inmediato en que les tocaba vivir. Habían debido oír hablar, por eso, de "patria", "independencia", "legalidad", de "estilos de administración", "decretos de leyes" y tantos otros términos similares o de ese carácter y que, por esta razón, ya no podían resultarles más ni ajenos ni extraños.

Por las repercusiones que había llegado a aprender que cada una de esas denominaciones tenía, Mañil Bueno, entonces, también había debido tomar partido en favor de unas u otras. De acuerdo a lo que se desprende del análisis de partes de la correspondencia en general atribuída a él, -alguna de la cual estamos comentado aquí y que citaremos más adelante-, Mañil Bueno no parece, en cualquier caso, expresar demasiada afección hacia la parte que podían tener las ideas en la motivación de los hombres. Por eso, recurre a caracterizar el comportamiento de otros en base más bien a acciones que a principios teóricos y, de esta manera, términos tales como "hombres de honor", "mentirosos", "hombres malos", "hombres buenos", "biles" (sic), "ladrones", etc., se encuentran a cada paso salpicando la correspondencia que se le atribuye.

Ocupaba el primer lugar dentro de estos "hombres de honor" por aquel entonces, el general José María de la Cruz. Pero, por desgracia para Mañil y los suyos, no estaban unos ni otros al tanto que el general de la Cruz, dentro de círculos políticos exclusivos, y cuidando siempre que sus opiniones no aparecieran en público, había expresado ideas tan en contra de "la barbarie" como hacían los más declarados enemigos de los Araucanos-Mapuches, tal como tendremos oportunidad de verlo más adelante.

A través del comportamiento que se puede analizar de Mañil Bueno y de su papel en los sucesos históricos en que le tocara participar, resulta, por otra parte, también evidente, que Mañil mostraba mucho mayor adhesión a las fórmulas realistas de entendimiento y negociación política que a otras y, ponía, entonces, sus simpatías a favor a la persona del rey de España, como persona que, a su entender, había legitimado la posesión que los Araucanos-Mapuches hacían del territorio de la Araucanía desde el Bio Bio al

Toltén, en contraposición a la República y sus personajes que querían apoderarse de ella, que es el modo como aparentemente lo sentía Mañil.

Se va hacer sentir por eso, en su correspondencia y aún en declaraciones explícitas, un dejo de nostalgia hacia los tiempos del Rey de España o, por lo menos, a la idea que de aquel existía por aquellos tiempos en Chile.

Fuera lo anterior cierto o no cierto, lo que igual le había tocado vivir a Mañil en la práctica, era el tiempo de las asonadas, de los caudillos, los intentos federalistas, las revoluciones y guerras civiles que habían caracterizado la aparición del Estado Nacional en esa parte de Sudamérica.

Mañil Bueno, como decían muchas noticias de aquella época, mantenía, además, una *proverbial astucia* para querer hablar de igual a igual con las primeras autoridades de la República de Chile, y llegaba a declarar a veces que ellos, los Araucanos-Mapuches también constituían República. Se negaba asimismo a pedir permiso a las autoridades fronterizas para llevar a cabo determinadas actividades, y una vez, cuando se le reprochara el incumplimiento de lo anterior en el caso de algunas reuniones indígenas que estaban planeadas, replicaría que, si a él le solicitaban que pidiera ese permiso, el Congreso Nacional en Santiago de Chile, para reunirse, también debían solicitar su permiso. (3)

Benjamín Vicuña Mackena, probablemente el más prolífico historiador chileno de todos los tiempos, un "tribuno popular" de la época, senador a ese entonces y por tanto un político en tal tiempo, -que encarna una posición difícil de caracterizar con certeza, pero que enseña inconfundibles rasgos autoritarios-, dirá a su vez de Mañil, trazando un retrato que ha pasado a la Historia:

Era Magnil o Manil Bueno como más jeneralmente se le llama un indio viejo, frio suspicaz, reservado i casi selvático que a todas luces tenía en su sangre alguna mezcla del guinca u hombre blanco, pues su fisonomía seca, perfilada y de contornos agudos traicionaba a la primera mirada un orijen extraño al de las selvas en que habitaba. Decía él con su malicia habitual revestida de una estudiada gravedad que era hermano del general Cruz i debía a esta impostura una parte no pequeña de su influencia pues aquel jefe era universalmente respetado en toda la tierra por la fidelidad con que había guardado sus pactos i la rectitud con que dirimía sus pretensiones con el gobierno chileno. El "taita" Cruz fue (después de los sucesos de Puachu) en la Araucanía lo que frai Luis de Valdivia había sido en el siglo XVII i el insigne virrei OHiggins a fines del último. (4)

Mañil Bueno, desde otro punto de vista ya, -desde el punto de vista de los valores y símbolos de su cultura, había logrado hacer difundir la leyenda de ser por debajo de las apariencias, en realidad un adivino o incluso un brujo -y como refieren algunos relatos- causaba la perplejidad general cuando se encerraba a veces en una soledad misteriosa .

Difundía, además, constantemente la especie de que él mantenía un ejército completo a su disposición, tanto en Chile como en la Argentina, siendo el primero, proporcionado por el general José María de la Cruz en Chile y, el segundo, por el general Justo José de Urquiza, en la Argentina, y él podía hacer que ambos ejércitos se concentraran al momento en que lo quisiera y tal cosa significaría cambiar toda la correlación política de fuerzas vigente en ambas Repúblicas en un solo instante.

Mañil, en su afán, parece, de asumir las proporciones de un personaje de leyenda ante los suyos, pero por repercusión, también ante la otra parte de la línea divisoria territorial donde sabía que esas historias terminarían llegando-, refería, a menudo, que

contaba con un toro colorado con quién consultaba todos los negocios de Estado y a menudo se presentaba a si mismo como una especie de iluminado o profeta y era considerado también adivino, -cuenta Pedro Ruiz Aldea efectuando recuerdos de aquel. (5)

Manténía Mañil, como detalle físico característico, -y haciendo ver a menudo-, unas manchas blancas que tenía en las manos y el cuerpo, explicando que aquellas les habían sido causadas por culebras y otros animales diversos de ese carácter, que empezaban a recorrer su cuerpo cuando se encontraba en consultas con los adivinos. (6)

Contaba igualmente Mañil que, de tanto en tanto, cuando iba hacia un cerrito pequeño cercano a su casa, cargaba en ambas manos un plato repleto de sangre. Salían, entonces a encontrarlo, y descendiendo por aquel cerro, el mismo toro colorado anterior de otros relatos, acompañado, esta vez por un caballo blanco. Comenzaba él, entonces, en esos momentos a consultarlos acerca de cómo iban a andar sus asuntos de guerra. Muchos opinaban, así, que ese cerro tenía, al parecer para él una gran importancia simbólica y nadie, debía pretender subirlo sino podía morir en la empresa, explicaba Mañil. (8)

Se concentran pues en la figura de Mañil Bueno, una serie de rasgos que hacen ver como interactúan dentro de un mismo individuo, en un jefe carismático Araucano-Mapuche del siglo 19, las realidades que se derivan de los fenómenos de Etnía y Política, cuya existencia e interrelación en la época resultan ser, ante todo, nuestro objeto de estudio.

Es Mañil en el plano netamente político, -cosa que no puede dejar de reconocerse conjuntamente también-, el intérprete de un verdadero proyecto político Araucano-Mapuche en toda la acepción de esta palabra, un algo de indudable existencia, de naturaleza político/racional a la vez y cuya seriedad parece evidente, aún cuando la evolución posterior de los hechos no fueran favorables a ese proyecto. En realidad porque había y existía ese proyecto político en la mente de algunos esclarecidos Araucanos-Mapuches de entonces, Mañil había empeñado sus fuerzas y decidido batirse por él, con el riesgo aún de su vida, cuestión que no deja, por otra parte, de ser reconocida al presente.

Mañil Bueno, más aún, parece haber encarnado y personificado la existencia de ese proyecto político en sí mismo, o a través de su misma persona, y, si bien no resulta tan fácil encontrar evidencias explícitas respecto a algo que nunca se le reconoció una existencia de hecho en la época, aquel proyecto político Araucano-Mapuche de entonces, tentativamente, podría decirse que resultaba ser aproximadamente el siguiente:

En tanto aliado, primero, Mañil, de su hermano de raza *Kalfú-Kurrá* (Calfucura) en Argentina; como testigo, a continuación, de las innumerables asonadas, motines y levantamientos que habían estallado en territorios cercanos e incluso vecinos al suyo, y que terminarían, muchas veces, solicitando su auxilio y pidiéndole les aportara un número determinado de "lanzas" mapuches; testimonio viviente, además, del cambio gigantesco operado desde la era monárquica a la republicana; desconfiando, por último, de las nuevas autoridades chilenas y, en general, del concepto de un Estado Nacional que, para implantarse, había debido

atravesar por un proceso constante de guerras civiles, el proyecto de Mañil y sus Araucanos-Mapuches de aquel tiempo, no parece ser otro sino que, en base a las alianzas políticas que mantenía con sectores políticos afines y que se encontraban luchando por el poder de ambas repúblicas, Chile y la Argentina, intentar con ellos, quizás, la creación de una nueva entidad política en aquella región, probablemente el apareamiento de un nuevo Estado, transandino y transnacional a la vez, dominando esos amplios espacios del Cono Sur de América, que constituían sus dominios de antaño y con la extensión suficiente como para tornarse verdaderamente en un "país", ahora en el sentido moderno del término.

Mangin -va a opinar, por ejemplo, José Bengoa, -prefiriendo emplear tal denominación para la persona en cuestión y que también suele encontrársela en la literatura histórica- y aludiendo parcialmente a tal realidad- **comprendió que la única posibilidad de sobrevivencia de los mapuches como pueblo independiente, era convertirse en un grupo regional económicamente fuerte, aliado a los grupos regionalistas de Chile y Argentina. Para ello hizo alianzas con los pampas, pehuenches y unió a los arribanos, combatió a los Colipíes y abajinos en un intento de unificar la Araucanía bajo un solo poder. No lo logró plenamente.**

Mangin murió en los primeros años de la década del 60, al parecer ya de muchos años, y en la convicción de que muy pronto entrarían los chilenos, acabando con la sociedad mapuche. Su desesperada búsqueda de aliados había fracasado. A sus hijos les enseñó que confiaran en el general Urquiza de Argentina y en el general Cruz de Concepción, dos federalistas que suponía sus únicos aliados posibles. Sin embargo, ya en el año 60, el federalismo argentino y sobre todo el chileno, estaban liquidados, y se imponía el triunfo de los gobiernos centrales, Buenos Aires y Santiago. (8)

En unión a Calfucura en Argentina, al general Justo José de Urquiza en este último país, contando con el general Cruz en Chile y su representante Bernardino Pradel -quién permanecería junto a él en sus últimos instantes en el lecho de muerte, como dijimos-, Mañil Bueno bien podía considerar, entonces, que su proyecto era realístico y plenamente alcanzable y que se encontraba incluso en vías de realización, tomando para ello a su misma

persona como garantía, lo que de ser cierto, lo hubiera acercado a la condición de un líder indígena proclive a una cierta forma de mesianismo político.

A Mañil, por otra parte, tampoco podía escapársele ni dejar de tener conciencia del hecho, que un buen número de argentinos, chilenos y aún españoles que habían acudido a sus tierras en busca, ora de apoyo o auxilio, no dejaban de mantener un similar proyecto in mente, si es que no se lo habían comunicado o animado en privado expresamente a ponerlo en práctica sin ninguna tardanza.

A más de treinta años de la época en que había llegado a su fin la monarquía o, lo que es lo mismo, sus instituciones en Chile y en Argentina, Mañil todavía intentaba hacer –por otra parte- demostraciones de fidelidad hacia la monarquía española, que es lo que cuentan testimonios de personas que estuvieron próximas a él y que pudieron recoger sus mismas palabras en este sentido. Y de ninguna manera resulta difícil comprender cual la razón última o la causa de aquello. En su afán de ocupar la región de la Araucanía, la monarquía española había terminado aceptando el derecho a la posesión de ella por parte de los Araucanos-Mapuches, sus habitantes, si éstos, a su vez, aceptaban volverse súbditos o vasallos del Rey, contentándose al final con aquello, luego de más de dos siglos en que los hechos de armas transformaran a aquel en un territorio de guerra por excelencia. Ahora, a mediados del siglo 19, la República no continuaba con esa política y persistía en tratar de introducirse de mil formas a la región, descartando, dejando de lado y no atribuyendo ninguna importancia a que los Araucanos-Mapuches quisieran hacer demostración de amistad hacia ella. Tal cosa era la que parecía ofender mayormente a Mañil, llevándolo a reaccionar en contra del proceso de la Independencia de Chile, por considerarla, con toda evidencia, como una mera sublevación contra un

